

—¡Hijo mío, tampoco yo estoy contento! Hace breve tiempo os ofrecí un nuevo hermano que os recomendé calurosamente. Ha sufrido mucho—os dije—porque mucho amó. Estas fueron mis palabras. Y os recomendé finalmente: No olvidéis nunca su nombre: Es el Soldado Desconocido.

A ti te pregunto ahora, y lo mismo a todos vosotros: ¿Qué habéis hecho de vuestro hermano? Os lo dí herido de dolor, y me lo devolvéis herido; os lo dí parco de palabra, y me lo devolvéis mudo. Os pregunto de nuevo: ¿Qué habéis hecho de él? ¿Qué habéis hecho de vosotros mismos?

Ni uno solo de vosotros adivinó lo que se ocultaba bajo su humilde envoltura. Amadle mucho, os dije; y le habéis despreciado. Aprended de memoria su nombre, os repetí, y le habéis negado ante vuestro Señor. Pues bien, oídme ahora, porque el clamor de vuestro orgullo ha llegado hasta mí.

Todos vosotros, sin excepción, habéis conocido el significado supremo de la palabra heroísmo, y el arrullo que en el alma producía vuestra propia voz, al cantaros al oído: ¡héroe! Todos fuisteis héroes ante vuestros soldados, ante vuestros ejércitos y vuestras patrias. Pero ante todo, fuisteis héroes ante vosotros mismos.

Ved al Soldado Desconocido — os anuncié.—Es héroe a la par de vosotros. Voy a deciros ahora en qué ha consistido su heroísmo.

Ese soldado sin nombre no tuvo vuestra ardiente noción de la patria, y sus goces supremos. No supo tal vez leer ni escribir, y con seguridad su frente no se alzó del azadón a meditar un solo segundo de las horas de su vida. ¿Qué ganabais vosotros llevando vuestras huestes al asalto? La libertad de la patria... y el susurro de gloria al oído. ¿Sabéis lo que en cambio ganaba ese soldado? La muerte. Esto sólo y nada más. Dió su vida por la patria de un modo tan anónimo, rápido y oscuro, como la brusca mancha de su casaca, y la bala que lo mató. Por esto su nombre es desconocido.

El soldado entretanto había cesado de remover la mandíbula, y miraba fijamente al Señor. Comenzaba a comprender.

—Pero vosotros—continuó el Señor—queríais a toda costa saber su nombre. Os lo diré, pues. Es el profundo y oscuro amor a la patria, a la libertad del suelo besado, a sus leyes, a su tradición; el sentimiento salvaje e irrazonado del sacrificio ante el inmenso altar de la sangre nativa; el impulso sordo y ciego hacia la

frontera; la fuerza fúnebre, e inconfundible con ninguna otra, que rompe al abrazo de la madre enferma, de la esposa enloquecida, de los débiles hijos destinados a morir de desamparo. Grito de la tierra, de la madre, de la esposa, de los hijos: éste es el arrullo de gloria que acompañó al soldado desconocido. Fué contento...

El Señor se detuvo: Los ojos del soldado, que se habían ido abriendo conforme la elocuencia divina ascendía, reían ahora. Sus hombros, su cuerpo entero reían; la risa pesada y continua de campesino que acaba de comprender.

—No es cierto... no es cierto...

Dios contempló un largo rato a sus héroes contritos, y miró luego con triste ternura al soldado desconocido.

—Pero tú salvaste a tu patria, hijo mío...—agregó Dios dulcemente.

El soldado, sin dejar de reír, hizo al Señor una guiñada.

—¡Y tenías mujer e hijos!

Nueva guiñada.

—¡Y los abandonaste a la miseria y al hambre, por la patria!

Por primera vez el soldado desconocido abrió la boca:

—¡Ya lo creo! Si me quedaba con ellos me fusilaban.

HORACIO QUIROGA

El libro de Pierre Mille, *Le bel art d'apprendre*, sugiere distintas reflexiones. El volumen ha sido editado por Hachette en la serie titulada «Colección de las musas». Ya en esta serie han sido publicados otros volúmenes análogos, por ejemplo, el de Jorge Verre, *El arte de decir*, y el de Emilio Faguet, *El arte de leer*. De todos, el más interesante es este postrero. Faguet era un hombre fino y de caudalosas lecturas. Amaba, como su maestro Brunetiere, la paradoja; tenía hostilidades inexplicables (inexplicables en un espíritu liberal como el suyo); su enemiga al siglo XVIII se hizo famosa entre los universitarios; en la *Revista de Ambos Mundos* publicó un estudio sobre Stendhal, luego recogido en volumen, que es una casi diatriba contra el autor de *Lo rojo y lo negro*. En sus últimos tiempos, Faguet escribía demasiado; no había revista ni periódico que no trajera un artículo del célebre crítico. ¿Cómo podía este hombre dar abasto a tanta tarea? Vivía modestamente en un cuartito perdido en las alturas de un quinto piso; su despacho estaba repleto, atiborrado de libros y papeles. Comía, como un estudiante, en un restaurante cualquiera. Y como nuestro Menéndez y Pelayo—según el retrato de Clarín en *Un viaje a Madrid*—no cesaba de leer durante la

¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública.=

Las lecturas infantiles

(De La Prensa, Buenos Aires).

comida. Los trajes que vestía Faguet eran amplios y modestos; comprados, acaso, al pasar, en un bazar de ropas hechas. Caían lacios sus bigotes por la comisura de los labios, y su pelo descuidado, era un poco largo. Con todo esto, simpático, bondadoso, tolerante y siempre curioso de todo espectáculo intelectual. Escribía mucho Faguet en sus últimos años y escribía una prosa sencilla, llena de repeticiones que iban poco a poco reforzando la idea.

A los escritores nuevos esta prosa negligente del maestro les hacía sonreír; pero Faguet necesitaba de tales negligencias y de tales repeticiones. Dura, angulosa, hostil, era la prosa de su maestro Brunetiere, y en tanto que hoy cuesta leerla, la prosa de Faguet se leerá siempre con facilidad y gusto, por lo menos en cuatro o seis de sus libros, uno de ellos el dedicado a los amores de los hombres de letras (Constant, Chateaubriand, Sainte-Beuve, etcétera).

El libro de Faguet *El arte de leer* es un manual excelente. Deben leerlo cuantos amen la lectura. En la «Colección de las musas» no se ha publicado hasta ahora un volumen más interesante. Y hablemos de *El bello arte de aprender*, de Pierre Mille.

Arte de aprender

¿Qué haremos para aprender bien las cosas? ¿Cómo podremos hacer que un niño aprenda bien? Aprender es cosa fácil cuando se tiene un buen maestro. La primera visión que este librito de Pierre Mille ha suscitado en nosotros es la de un niño que se halla en una sala de estudios, una vasta sala, en compañía de otros muchos niños. Todos se hallan inclinados sobre los pupitres; tiene delante cada niño un libro. Pero hay uno de estos niños que no lee nada en su libro. Las ventanas del estudio están abiertas de par en par. Son los días radiantes de la primavera. El cielo esplende; verdea el campo. El niño levanta la cabeza y a hurtadillas, sin que lo vea el maestro, contempla el alegre panorama de la campiña. Lo que le atrae a este niño es el campo, la vida libre y sana, las cosas de la calle, de las montañas y de los bosques.

Será inútil el enseñarle nada por